



EL PASAJE DE LOS PANORAMAS

EL ALDEANO DE PARÍS

LOUIS ARAGON

TRADUCCIÓN DE VANESA GARCÍA CAZORLA



errata naturae

A André Masson

PRIMERA EDICIÓN: marzo de 2016
TÍTULO ORIGINAL: *Le Paysan de Paris*

© Éditions Gallimard, 1926
© de la traducción, Vanesa García Cazorla, 2016
© Errata naturae editores, 2016
C/ Maestro Arbós 3, 3º, 310
28045 Madrid
info@erratanaturae.com
www.erratanaturae.com

ISBN: 978-84-16544-12-7

DEPÓSITO LEGAL: M-2489-2016

CÓDIGO BIC: FA

DISEÑO DE COLECCIÓN: Julián Rodríguez y Juan Luis López Espada
para Inmedia (Cáceres)

IMAGEN DE CUBIERTA: Archivo A. C.

MAQUETACIÓN: María O'Shea

IMPRESIÓN: Kadmos

IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

Los editores autorizan la reproducción de este libro, de manera total o parcial,
siempre y cuando se destine a un uso personal y no comercial.

NOTA BENE

En este volumen se han traducido los contenidos de la mayoría de los carteles y letreros recogidos en la edición original, tratando de reproducir fielmente el formato en el que aparecían en ella. Se han copiado tal cual sólo aquellos letreros que se formulaban ya en la edición francesa en una lengua distinta a la original o que reproducían cartas de bebidas, donde los nombres eran marcas o nombres comunes a ambas lenguas.

El lector encontrará unas completísimas y sugerentes notas de la traductora —a la que los editores queremos agradecer públicamente su esfuerzo— al final de estas páginas.

Parece como si, hoy en día, toda idea hubiera superado su fase crítica. Bien sabido es que las nociones abstractas del hombre se han ido agotando paulatinamente con el examen general que han sufrido, que la luz humana se ha filtrado por doquier y que así nada ha escapado a ese proceso universal, susceptible, todo lo más, de ser sometido a revisión. Así, observamos cómo todos los filósofos del mundo se muestran incapaces de afrontar el menor problema sin antes obstinarse en recapitular y refutar todo cuanto de ello hayan dicho sus predecesores. Ni siquiera de ese modo piensan nada que no responda a un error anterior, que no se fundamente en él, que no participe en él. Curioso método extrañamente negador: diríase que tienen miedo del genio, incluso en el terreno donde sólo deberían imponerse el genio, la pura invención y la revelación. Es como si aquellos que hicieron del pensamiento su feudo hubieran tomado, de forma pasajera, conciencia de la insuficiencia de medios dialécticos y de su ineficacia en la vía hacia toda certeza. Pero esta conciencia no les ha empujado sino a discutir acerca de los medios dialécticos, en lugar de hacerlo sobre la propia dialéctica, y menos aún les ha llevado a discutir sobre su objeto, la verdad.

O si, de milagro, se han ocupado de ella, ha sido porque la consideran como un objetivo, y no por sí misma. Todos querían unirse al debate acerca de la objetividad de la certeza; mas a nadie se le ocurrió pensar en la realidad de la certeza.

Las características de la certeza varían conforme a los sistemas personales de los filósofos, yendo de la certeza común al escepticismo ideal de algunos que vacilan. Pero por más que la reduzcamos, por ejemplo a la conciencia del ser, la certeza se presenta ante cuantos la escrutan con características propias y definibles que permiten distinguirla del error. La certeza es realidad. De esta creencia fundamental procede el éxito de la famosa doctrina cartesiana de la evidencia.

Todavía no hemos terminado de descubrir los estragos de esta ilusión. Pareciera que, para la evolución del espíritu, nada jamás ha constituido un escollo tan difícil de evitar como ese sofisma de la evidencia que favorecía una de las formas de pensar más predominantes de los hombres. La encontramos en la base de toda lógica. En ella se resuelve toda prueba que el hombre se ofrece de una proposición que él enuncia. El hombre hace sus deducciones recurriendo a ella; y recurriendo a ella saca sus conclusiones. Y así es cómo ha construido una verdad cambiante y siempre evidente, acerca de la cual en vano se pregunta por qué no consigue satisfacerle.

Ahora bien, existe un reino negro que los ojos del hombre evitan, porque ese paisaje no es un regalo para sus ojos. Esa sombra, de la cual pretende prescindir para describir la

luz, es el error con sus características ignotas, un error que sólo brindaría la indudable prueba de la fugitiva realidad a quien lo considerara en sí mismo. Pero ¿quién ignora que el rostro del error y el de la verdad podrían no tener rasgos diferentes? El error se acompaña de la certeza. La evidencia se impone a través del error. Y todo cuanto se dice de la verdad podría asimismo decirse del error: así no nos volveremos a equivocar. No habría error sin la idea misma de la evidencia. Sin ella, jamás repararíamos en el error.

Me hallaba sumido en estos pensamientos cuando, sin que nada lo hubiera presagiado, la primavera irrumpió en la tierra.

Era por la tarde, hacia las cinco de un sábado: de repente, una luz distinta baña todas las cosas, y, sin embargo, todavía hace demasiado frío. Imposible explicar lo que acaba de ocurrir. La cuestión es que mis pensamientos jamás se quedan inmóviles; ahora persiguen, en desbandada, una preocupación imperiosa. La tapadera de la caja acaba de abrirse. Tal es la libertad que siento que ya no soy dueño de mí mismo. Inútil es iniciar nada. No iré más allá del esbozo mientras siga haciendo este tiempo paradisiaco. Soy el ludión de mis sentidos y del azar. Soy como el jugador que está sentado a la ruleta: no vengáis a decirle que invierta su dinero en el petróleo, porque se reirá en vuestra cara. Mi cuerpo es la ruleta, y yo apuesto al rojo. Todo me distrae indefinidamente, salvo de mi propia distracción. Una suerte de nobleza me empuja a preferir este abandono por

encima de todas las cosas; y es como si no pudiera escuchar los reproches que me hacéis. En lugar de ocuparos de la conducta de los hombres, mirad a las mujeres que pasan. Son enormes fragmentos de un titilante fulgor, destellos que aún no se han despojado de sus pieles, de sus misterios brillantes y volátiles. No, no querría morir sin haber abordado a cada una de ellas, sin haberla tocado al menos con mis manos, sin sentir que cede y renuncia a la resistencia bajo esa presión y, después, ¡largo de aquí! A veces llego tarde a casa por la noche tras haberme cruzado con quién sabe cuántas de esas deseables iridiscencias, sin haber tratado de adueñarme de una sola de esas vidas imprudentemente dejadas a mi alcance. Entonces, al desvestirme, me pregunto con desprecio qué hago en el mundo. ¿Es ésta una manera de vivir? ¿Acaso no sería menester que volviera a salir en busca de mi presa, para convertirme yo mismo en la presa de alguien en lo más profundo de las sombras? Los sentidos han establecido, por fin, su hegemonía en la tierra. A partir de ahora, ¿qué pinta aquí la razón? Razón, razón, ¡oh, fantasma abstracto del estado de vigilia!, ya te había ahuyentado de mis sueños, y heme aquí en el punto en el que éstos van a confundirse con las realidades de la apariencia: aquí sólo hay espacio para mí. En vano la razón denuncia ante mí la dictadura de la sensualidad. En vano me pone en guardia contra el error que aquí reina. Entre, señora, aquí tiene mi cuerpo, su trono. Acaricio mi delirio como si fuera un bonito caballo. Falsa dualidad del hombre, déjame que sueñe un poco con tu mentira.

Mis hábitos de pensamiento han estado condicionados por tan innumerables y tortuosos procesos que hoy me siento incapaz de creer en cuantas ideas poseo acerca del universo, sin haberlas sometido antes a un examen abstracto. Me han insuflado este espíritu de análisis, este espíritu y esta necesidad. E igual que el hombre que se sustrae al sueño, he de hacer un doloroso esfuerzo para sustraerme a este hábito mental, para pensar de manera sencilla, tal y como parece natural, conforme a cuanto veo y toco. Sin embargo, ¿puede el conocimiento procedente de la razón, por un instante, oponerse al conocimiento sensible? Sin duda, el hecho de que haya gente inculta, cuyo único referente es este conocimiento mientras que ignora el de la razón, me explica el desdén en el que ha caído, poco a poco, todo cuanto procede de los sentidos. Y aun cuando los hombres más sabios me hayan enseñado que la luz es una vibración, aun cuando hayan calculado la longitud de onda o aun cuando me hayan ofrecido cualquiera que fuere el fruto de sus razonables trabajos, no me han explicado nada acerca de aquello que más interesa acerca de la luz, de aquello que, por nimio que sea, me enseñan de ella mis ojos, de aquello que me diferencia del ciego y que constituye un milagro, y no un objeto de la razón.

El estúpido racionalismo humano contiene más materialismo del que podríamos creer. Este miedo al error al que, en la fuga de mis ideas, todo en todo momento me remite, esta manía controladora hace que los hombres prefieran la imaginación de la razón a la imaginación de

los sentidos. Y, sin embargo, lo único que siempre obra es la imaginación. Ni el rigor de la lógica ni la fuerza de una sensación pueden persuadirme de la realidad, nada puede garantizarme que no esté fundando la realidad sobre un delirio interpretativo. Pero, en este último caso, el hombre que ha pasado por varias escuelas tradicionales ha comenzado a dudar de sí mismo: mediante qué juego de espejos benefició esto al otro proceso del pensamiento es algo que podemos imaginarnos. He aquí el hombre presa de las matemáticas. Es así como, para liberarse de la materia, se ha convertido en prisionero de las propiedades de ésta.

A decir verdad, comienzo a ser consciente de que, si no es mediante un truco de prestidigitación, los sentidos y la razón no pueden concebirse de forma aislada y de que, sin duda, ellos sólo existen de forma funcional. Más allá de sus descubrimientos, sorpresas e inverosimilitudes, el mayor triunfo de la razón está en la confirmación de un error popular. Su mayor gloria consiste en dotar de un sentido preciso a las expresiones del instinto, esas que siempre han despreciado quienes se consideran tan sabios. La luz no se comprende sino merced a la sombra; y la verdad presupone el error. Son estos contrarios entremezclados los que colman nuestra vida, dotándola de encanto y ebriedad. Nosotros no existimos sino en función de este conflicto, en la zona en la que colisionan el blanco y el negro. ¿Y qué me importan a mí el blanco o el negro? Ambos pertenecen al ámbito de la muerte.

Ya no quiero resistirme a los errores de mis dedos, a los errores de mis ojos. Ahora sé que estos errores no sólo son burdas trampas, sino también insólitos caminos hacia un destino que nada, salvo ellos, me puede revelar. A cada error de los sentidos le corresponde una extraña flor de la razón. Admirables jardines de creencias absurdas, presentimientos, obsesiones y delirios donde adquieren forma ignotos dioses en perpetua metamorfosis. Contemplaré esos rostros plomizos, esos cebos de la imaginación. ¡Qué bellas estáis, columnas de humo, en vuestros castillos de arena! Nuevos mitos nacen a cada uno de nuestros pasos. La leyenda comienza dondequiera que haya vivido el hombre, dondequiera que viva. Lo único que quiero hacer a partir de ahora es enfrascarme en estas transformaciones desdeñadas. Cada día cambia la idea moderna acerca de la existencia. Una mitología se trama y se destrama. Es una ciencia de la vida que no pertenece más que a aquellos que carecen de experiencia. Es una ciencia viva que se engendra a sí misma para suicidarse después. ¿Me sigue correspondiendo, a mis veintiséis años, participar en este milagro? ¿Albergaré durante mucho tiempo el sentimiento de lo maravilloso cotidiano? Un sentimiento que veo cómo se pierde en cada hombre que avanza en su propia vida como si ésta fuera un camino cada vez mejor pavimentado, que avanza en medio de las costumbres del mundo con una facilidad creciente, que se libra progresivamente del gusto y de la percepción de lo insólito. Esto es lo que, contra toda esperanza que pudiera yo albergar, no podré saber jamás.

EL PASAJE DE LA ÓPERA

EL PASAJE DE LA ÓPERA

1924

Hoy en día ya no adoramos a los dioses en las alturas. El templo de Salomón ha pasado a formar parte de las metáforas, donde alberga nidos de golondrinas y pálidas lagartijas. El espíritu de los cultos religiosos, al dispersarse con el polvo, ha abandonado los lugares sagrados. Pero hay otros lugares que florecen entre los hombres, otros lugares en donde los hombres se consagran, sin preocupación alguna, a sus misteriosas vidas, experimentando en ellos el paulatino despertar de una religión profunda. La divinidad no los habita todavía; se forma en ellos, es una divinidad nueva que se precipita en estos modernos *éfesos* como el metal desplazado por el ácido en el fondo de un vaso; es la vida la que hace surgir a esta divinidad poética junto a la cual miles de personas pasarán, sin verla, y que, de golpe, se vuelve perceptible y terriblemente ubicua para aquellos que, aun con torpeza, la han vislumbrado una vez. Metafísica de los lugares, es usted la que mece a los niños, la que habita sus sueños. Estas tierras de lo ignoto y del estremecimiento bordean toda nuestra materia mental. No doy un paso hacia el pasado sin volver a sentir ese sentimiento de extrañeza que me invadía cuando estaba en la edad en que todo es maravilla, en un decorado

donde, por vez primera, tenía conciencia de una coherencia inexplicada y de sus repercusiones en mi corazón.

Toda la fauna de las imaginaciones, con su vegetación marina, como por una cabellera sombría, se pierde y se perpetúa en las zonas mal iluminadas de la actividad humana. Es entonces cuando aparecen los grandes faros del espíritu, similares en su forma a signos menos puros. La flaqueza humana abre la puerta del misterio, y nos encontramos en los reinos de la sombra. Un tropiezo o una sílaba mal pronunciada revelan el pensamiento de un hombre. En medio del desconcierto, existen lugares dotados de tales cerraduras que apenas si pueden cerrar las puertas del infinito. Allí donde se lleva a cabo la actividad más equívoca de los seres vivos, lo inanimado a veces adquiere un reflejo de sus impulsos más secretos: nuestras ciudades se ven así habitadas por esfinges ignoradas, las cuales no detendrán al soñador que pasa ante ellas para plantearle preguntas mortales, a menos que éste se adelante a ellas dirigiéndoles su meditativa distracción. Pero si este sabio puede adivinar sus misterios, si es él quien las interroga, sondeará de nuevo sus propios abismos merced a estos monstruos sin rostro. Será entonces la luz moderna de lo insólito lo que lo retendrá.

Esta luz reina extrañamente en esa suerte de galerías cubiertas que son numerosas en París en los alrededores de los grandes bulevares y que, de forma inquietante, llamamos «pasajes», como si, en esos pasadizos ocultos a la luz del día, no le estuviera permitido a nadie detenerse más de un instante. Un tenue resplandor glauco, en cierto modo

abisal, semejante al súbito claror que irradia una pierna descubierta al levantarse una falda. La innata tendencia americana a planificar las ciudades que, importada en la capital por un prefecto del Segundo Imperio, aspira ahora a dibujar a cordel el plano de París, pronto va a imposibilitar la conservación de esos acuarios humanos que ya han renunciado a su vida primitiva y que merecen, sin embargo, ser considerados como los depositarios de ciertos mitos modernos; pues sólo ahora, amenazados por la piqueta, se han convertido de hecho en los santuarios de un culto a lo efímero, se han tornado en el paisaje fantasmal de placeres y profesiones malditos; unos lugares incomprensibles ayer y que nadie conocerá el día de mañana.

«El bulevar Haussmann ha llegado hoy a la rue Laffitte», decía el otro día el diario *L'Intransigeant*. Unos pasos más y este enorme roedor, una vez que haya devorado la manzana que lo separa de la rue Le Peletier, destripará el matorral que atraviesa con su doble galería el pasaje de la Ópera, para desembocar en diagonal en el boulevard des Italiens. Será en algún punto a la altura del café Louis XIV donde se unirá a esta calle por una singular suerte de beso, cuyas consecuencias y repercusiones en el vasto cuerpo de París son imprevisibles. Podemos preguntarnos si una buena parte del río humano que a diario transporta de la Bastilla a la Madeleine unos increíbles flujos de ensoñación y languidez no acabará desviándose por este nuevo canal, modificando así todo el curso mental de un barrio, y quizás de un mundo. Es indudable que estamos a punto de asistir a un trastorno en los modos de *flânerie*